

no han acabado de repetir: *Nunc dimittis*. Da gracias al Eterno porque le ha permitido mirar y contemplar aquel Salvador divino, tanto tiempo anunciado y esperado por los hombres, y á quien tantos patriarcas, reyes y profetas ansiaron ver y no vieron. *Quia viderunt oculi mei salutare tuum*. ¿Qué sentiría la augusta Madre del Mesías al escuchar aquellos celestiales acentos del moribundo cisne de Israel? Y ¿con qué ojos tan llenos de asombro, amor y reverencia se fijaría el santo anciano en aquel rostro de la Virgen en quien reconocía á la Madre del Salvador, del Dios hecho hombre para iluminar á las naciones? ¿Cuál sería el concepto que de la grandeza de esta Virgen-Madre formaría el inspirado profeta? ¿No alcanzaría á entrever, aunque todavía veladas con las sombras del misterio, sus inefables prerrogativas? También Ana, la virtuosa viuda, debió de conocerlas; y, no contenta con alabar al Señor, publicaba las grandezas de Jesús y de María entre las buenas gentes que aguardaban la hora de la redención.

13. ¿Podía ser más ensalzada, cristianos oyentes, la humildad de la Virgen? Pues, como si todavía algo faltara á su gloria, he aquí que, por boca del mismo Simeón, se le revelan los altos destinos que, al lado de su hijo, le reservaba la mano de Aquel que ha decretado engrandecerla sin medida. *Este niño, dícele el profeta, está destinado para ser la ruina y la resurrección de muchos, para blanco de contradicción.... Y la espada que le herirá á él, traspasará también tu corazón*. ¡Qué sublimidad de puesto á que Dios quiere elevar á una pura criatura! Hacerla quiere compañera del Redentor, corredentora con Él del género humano. ¿Podía imaginar María mayor elevación? Pues ved aquí ensalzada del modo más espléndido la humildad que

hoy celebramos personificada en la Virgen de la Purificación ó de la Candelaria.

14. Volved, católicos habitantes de Medellín, hacia esta Virgen vuestras piadosas miradas. En ella fijaron las tuyas vuestros venerandos mayores, aclamándola Señora y Patrona de esta antigua villa, hoy floreciente ciudad. Fincad en esta Virgen, depositaria de los tesoros del cielo, vuestras más dulces esperanzas. Todo lo puede con sus ruegos la que ha sido sublimada tanto por el Dios que ama con predilección á los humildes, por Aquel que *miró la humildad de su esclava*. Y concurrid con las mil voces del mundo católico al cumplimiento de la gran profecía de la humilde Virgen que anunció con la vista fija en Dios, que todos los siglos la habían de aclamar dichosa: *Beatam me dicent...* ¡Dichosas también las almas que la imitan! ¡Dichoso el pueblo que la honra y la bendice! ¡Dichosa Medellín bajo el amparo de la Virgen de la Candelaria! Así sea.

## PANEGÍRICO DE LA VIRGEN DOLOROSA

(predicado en Cartago, C. R., marzo de 1880).

### María, modelo y lenitivo del dolor.

Non vocetis me pulchram, sed... amaram...  
Ruth 1, 20.

1. ¡Los dolores de María! ¡qué corazón cristiano no se entenece al sólo oírlos anunciar año tras año por la voz de la Iglesia, en este viernes de la semana de Pasión que parece preludiar el Viernes santo! ¿Quién no siente desgarrado de dolor el pecho al oír, inter-

pretadas por el canto religioso, aquellas patéticas estrofas del *Stabat*, verdadera inspiración de la poesía sagrada? ¿Á quién no hiere aquella sentida exclamación de la Iglesia: ¡Oh! ¡cuán triste y afligida fué aquella bendita Madre del Unigénito!<sup>1</sup> que parece un dardo de fuego disparado al corazón? He ahí por qué es tan tierna, como verdaderamente popular, la devoción á la Madre de Dolores. El pueblo cristiano comprende perfectamente lo que significa la imagen de María al pie del Crucificado, al otro lado de San Juan y cerca de la Magdalena. Así, y sólo así, la escena está completa: no sobra ni falta ninguna figura en el cuadro del Calvario. ¡Oh grupo admirable y admirablemente significativo! ¡Desventurado el pueblo que no conoce esta escena, la más sublime entre todas las escenas del dolor! ¡Y también desgraciada el alma que, habiéndola aprendido en el Evangelio y en la objetiva enseñanza del catolicismo, no para en ella mientes, dejándola pasar inadvertida por espíritu de rutina y de habitual disipación! ¡De cuántos tesoros no se priva! Porque si las bellas artes, como á cualquiera se le alcanza, perderían tesoros de valor inapreciable olvidando á María en el grupo del Calvario; decidme ¡cuánto más no perdería el corazón humano al olvidar á la Madre dolorosa! ¡Ah! con razón debemos exclamar, valiéndonos de una expresión de los sagrados libros: ¡*Olivideme de mí, si te olvidare!*<sup>2</sup>

2. Á despecho de todas las ilusiones que nos hacen soñar, en ciertos momentos, con un Edén delicioso en este valle de lágrimas y de miserias, la dura realidad

<sup>1</sup> Del *Stabat Mater dolorosa*, prosa de la Misa de la fiesta.

<sup>2</sup> Ps. 136, 5.

de la vida nos demuestra que somos tristes víctimas del infortunio, como lo somos del pecado y de su pena, la muerte. Preciso es que los hijos del destierro rieguen con llanto el pan de cada día, confesando con el Profeta-Rey: *Las lágrimas me sirvieron de alimento día y noche, en tanto se me repetía diariamente en son de burla: ¿En dónde está tu Dios?*<sup>1</sup> Y en medio de esta terrible situación, verdadera y natural situación de los hijos de Adán sobre la tierra, ¿no nos será posible, á lo menos, ya que nos es tan necesario, encontrar algún lenitivo á tantas penas, contemplando algún modelo cabal del sufrimiento? ¡Es tan dulce tener compañía en el dolor! Y más dulce todavía tener una mano amiga que enjague cariñosa nuestras lágrimas, ó siquiera una voz que nos aliente á padecer para no sucumbir, en medio de nuestra flaqueza, al peso del quebranto... ¿No lo habéis experimentado así mil veces? Venid, pues, en este día á contemplar los dolores de la Virgen de las vírgenes, de la Madre desolada y puesta en trance de muerte entre las angustias horribles del Calvario: venid á consolarla, ó, más bien dicho, á consolaros á vosotros mismos, oprimidos por el dolor, á refrigeraros con la santa contemplación de sus inefables dolores. En María veréis primeramente un dolor incomparable é infinitamente mayor que todos los dolores humanos; por consiguiente allí encontraréis vuestro modelo. Admiraréis en seguida el mérito incalculable de ese mismo dolor en la manera con que la Virgen lo soporta enseñándoos la ciencia sublime del padecer; hallaréis, por lo tanto, un lenitivo á vuestros más crueles dolores. Y así, aunque María, figurada por la antigua

<sup>1</sup> Ps. 41, 4.

Noemi, nos encarece que «no la llamemos hermosa, al pie de la cruz, antes amarga y dolorida»<sup>1</sup>, no obstante habremos de reconocerla tan bella en su magnanimidad, como grande en su dolor, saludándola siempre y dondequiera llena de gracia: *Ave María*.

## I.

3. Entremos con la consideración, hermanos míos, en el mar amargo é inapeable de los dolores de la Santísima Virgen al pie de la cruz. *Stabat iuxta crucem Iesu mater eius*<sup>2</sup>. Ésta debe ser la base de nuestros razonamientos; éste, el solo teatro de nuestra devota consideración. Mas ¿cómo engolfarnos en esta inmensidad sin temor de quedar abismados en su seno? La frágil y pequeña navicilla ¿podrá lanzarse mar adentro sin recelar una pérdida segura, como castigo de su temeridad? Verdaderamente es piélago profundo y sin orillas para el humano entendimiento este colmo de angustias y dolores de la Virgen Sacratísima enclavada al pie del madero en que lo estaba su Hijo unigénito. Así lo ha reconocido la Iglesia, autorizando la aplicación hecha por los doctores ascéticos al dolor de María, de aquellas palabras dichas propia y principalmente de los padecimientos del Redentor: *Grande es como el mar tu quebranto*<sup>3</sup>; y de aquellas otras del Profeta: *Puesto en alta mar, la tempestad me anegó*<sup>4</sup>. Porque el dolor de María fué realmente superior á todos los dolores humanos, excepción hecha de los de Jesús, Hombre-Dios, ya se consideren dentro del orden natural, ya en el sobrenatural; y en uno y otro tuvieron

<sup>1</sup> Non vocetis me pulchram etc. (l. c. supra).

<sup>2</sup> Io. 19, 25.      <sup>3</sup> Thren. 2, 13.      <sup>4</sup> Ps. 68, 3.

por raíz y fuente su mismo carácter y dignidad de Madre del Crucificado. Aplicad toda vuestra atención á meditarlo.

4. María se duele y se conduele, al pie de la cruz, porque es Madre, y espejo y modelo de las madres. María llora, como habría de llorar, á lágrima viva, toda madre que viese á su hijo pendiente en un patíbulo, agobiado de tormentos, reducido á la situación más lastimera que es posible imaginar, como fué la de Cristo, el Hombre de dolores. Oíd á la Iglesia en una de las estrofas del *Stabat Mater* que acaba de leerse: Ella, la piadosa Madre, temblaba de dolor mirando uno por uno los tormentos del amado Hijo: *Quæ mærebat et dolebat, pia mater, dum videbat Nati pænas inclyti*. Mas ¿quién podrá medir la intensidad, la magnitud de ese dolor de la más tierna de las madres en presencia de la más cruel de las situaciones de un hijo como Jesús, del Hijo del Hombre por excelencia, esto es, del más perfecto entre todos los hijos de los hombres? Jamás se vió ni podrá verse madre más amorosa y compasiva, por muy cierto que sea que no hay madre que no se figure ser la más apasionada por sus hijos; pero tampoco puede encontrarse otro hijo como Jesús, y es evidente que aquella situación no tuvo otra alguna semejante. Necesario es, pues, concluir de estas premisas históricas y á todas luces ciertas, que el dolor y compasión de María en el Calvario rayaron en la línea extrema á que puede llegar el dolor humano. ¡Ah! razón tenía la prudente Virgen de llamarse *amarga*: *Vocate me amaram*; su mismo nombre demasiado lo indica, pues se interpreta *mar amargo*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Mare amarum.

porque *el Omnipotente*, dice, *me ha colmado de amargura*<sup>1</sup>. No la hay tanta en toda el agua del océano, ni en todas las substancias amargas que atesora la naturaleza, como la hubo en el alma sola de la dulce Virgen: y era que participaba de lleno, como ninguno de los santos, de la hiel amarguísima del Cáliz de Jesús.

5. Aquí tenéis, pues, madres cristianas, en la más adolorida de todas las madres el modelo que necesitáis. Miradla atravesado el pecho por puñal agudo: ¿qué digo? por siete agudísimos puñales, por tres clavos, por más de setenta espinas, por tantas puntas aguzadas como tormentos padeció Jesús en todo su cuerpo, supuesto que el corazón de la Madre era el punto de reflexión donde se recibían uno por uno los contragolpes de los golpes descargados sobre el Hijo. ¡Oh Madre atormentada mil veces! ¿quién se quejará de la magnitud de sus dolores á la vista de los tuyos? ¿á quién no preocuparán, antes que los propios, tus tormentos atrocísimos? Comprendo bien, madres piadosas, que sea para vosotras tan simpática la imagen de la Virgen dolorosa, y tan favorito su culto; porque nadie alcanza á saborear tan amargos pesares como los que ha reservado Dios á la maternidad, así en el orden físico como en el moral, después de aquella terrible sentencia fulminada en el paraíso: *In dolore paries...*<sup>2</sup> Pero sé también que no sois vosotras solas las que regáis con lágrimas el camino del destierro; porque no hay hombre que no entre en el mundo sollozando, y que de él no salga también vertiendo lágrimas; porque llorar y padecer es la triste herencia del género humano prevaricador. No hay, pues, quien no deba poner

<sup>1</sup> Ruth, ubi supra.

<sup>2</sup> Gen. 3, 16.

los ojos en María al pie de la Cruz para esforzarse á padecer, viendo á la más pura, á la más inocente, á la más delicada y sensible de las madres anegada en mar de llanto.

6. Porque los dolores de Virgen-Madre fueron de carácter sobrenatural y, por consiguiente, más intensos que todos los padecimientos que pueden causar las causas naturales. En efecto, no fué sólo en calidad de madre como padeció María; fué como Madre de un Hijo que era hombre y juntamente Dios; así que su dolor hubo de ser del mismo carácter que su maternidad, es decir, sobrenatural y divino. Pero ¿cómo se compadecen estos términos: dolor y divino? ¿Cabe dolor en la Divinidad? ¿Cabe divinidad en el dolor? Ciertamente *el mal no puede acercarse á Dios*<sup>1</sup> en su propia naturaleza, la cual esencialmente lo rechaza; pero sí puede caber en persona divina, revestida de naturaleza pasible. Los padecimientos del Hombre-Dios eran realmente divinos, y así también los dolores de María, como participación de aquéllos. El dolor de María Santísima fué una verdadera *compasión*, esto es, una pasión conjunta con la de Jesús, un dolor repartido en dos pacientes, ó más bien, repetido, reflejado de uno en otro, del cuerpo de Jesús en el alma de María, como el eco fiel de un golpe atronador. Nosotros también debemos sentir alguna vez dolores de carácter sobrenatural, debemos hacer nuestros los sentimientos del Salvador, si hemos de ser dignos de obtener los bienes divinos de la gracia y de la gloria. Así nuestra contrición en el sacramento de la Penitencia debe ser superior á todo otro pesar motivado por consideraciones de orden na-

<sup>1</sup> Ps. 90, 10.

tural y humano; y el dolor más sublime es el que nos causa la consideración de un Dios infinitamente bueno y digno de infinito amor, ultrajado por muchos pecados y los de todos los hombres. Esto sí que debería rompernos el corazón, hermanos míos: esto debíamos llorar con lágrimas de sangre, y en parangón con éste, todos los dolores de la vida no deberían parecernos más que sombra. ¡Ah! si así no lo sentimos, es sin duda por la debilidad con que obran en nuestro espíritu la fe, la caridad y los demás agentes de la vida sobrenatural.

7. Por lo que hace á María, su fe vivísima y su ardiente caridad le traspasaban el corazón como agudas espadas. Iluminada, cual ninguna otra criatura, por aquella luz del cielo que alumbró la mente de los profetas, de los apóstoles y mártires, María, y ella sola, comprendía el terrible significado de aquella escena del Calvario que el ojo humano no es capaz de apreciar sino con un criterio estrecho y mal seguro. Ella sola comprendía la enormidad del horrendo deicidio y juntamente el valor infinito de aquel holocausto: de ahí ¡qué cúmulo de afectos desgarradores iban agolpándose en su corazón! El dolor de María refundía en uno toda suerte de dolores: horror, angustia, susto, tristeza y desfallecimiento mortal, á la manera de aquel cáliz que Jesús probó en el Huerto, cuando *empezó á temblar y entristecerse y cubrirse del tedio más amargo*<sup>1</sup> y sudar sangre de pura congoja y agonía. Y ese dolor era también resultado de la vista con que aprehendía claramente la dignidad de la persona ultrajada, y la magnitud de los crímenes que estaba expiando con su Pasión.

<sup>1</sup> Marc. 14, 33.

«María, dice la Iglesia<sup>1</sup>, contemplaba en Jesús crucificado, no tanto las llagas de que estaba todo cubierto, cuanto la salvación del mundo», esto es, las llagas del pecado de que iba á curar á la doliente humanidad. ¡Oh, si nosotros tuviéramos una centella de la fe de María, cómo expiraríamos de dolor al pie del Calvario, oprimidos por la violencia de la contrición! Pues ¿qué? ¿no se han visto penitentes sucumbir de puro dolor de sus pecados? Pues ¡cuál no sería el quebranto de la bendita Virgen al ver á su Hijo inocentísimo cargado con el peso de todos los crímenes del mundo! ¡al ver al Cordero de Dios degollado con la cuchilla del pecado! Calcúlese ahora el dolor causado en el alma de María por la vehemencia intolerable de aquel amor sobrenatural, de aquella caridad compasiva que en otros santos ha hecho tan hondas y lastimosas heridas. *Consumido me tiene el celo que me devora*, decía á Dios el Real Profeta, *porque mis enemigos han olvidado tus mandatos*<sup>2</sup>. Pues ¿qué sentiría la amantísima Señora mirando de hito en hito á aquel Hijo tan querido, *blanco y rosado*<sup>3</sup>, y todo él amabilísimo, respirando amor en toda su expresión y figura, inclinada la cabeza y extendidos los brazos como quien convida con ellos á correspondencia de amor?<sup>4</sup> Y ¡verlo no sólo vilipendiado, sino odiado de muerte y ultrajado por los mismos ingratos malhechores, á quienes Él por puro amor viene á redimir con su sangre! ¡Qué dolor tan espantoso! ¡Qué cuadro tan horrible el del Calvario, mirado desde abajo, esto es, desde el punto de vista de la malicia humana! ¡Un Dios escarnecido! ¡El Unigénito

<sup>1</sup> Eccl. in offic. septem dolor. B. M. V.      <sup>2</sup> Ps. 118, 139.

<sup>3</sup> Cant. 5, 10.      <sup>4</sup> Offic. eccl. ubi supra.

del Padre despedazado por viles pecadores! ¡El Hijo del dueño de la Viña, arrojado fuera de su heredad y muerto á golpes por infames inquilinos!<sup>1</sup> ¡El hombre poseído de furia contra el cielo, blasfemando de su mismo Hacedor! ¡La negra ingratitud irguiéndose triunfante! ¡El amor infinito conculcado! ¡La iniquidad, usurpando el trono de la justicia, sentada como reina sobre la faz de la tierra! ¡El universo moral hundiéndose en espantoso cataclismo! Decidme, cristianos: ¿qué debió experimentar el angustiado pecho de tan santa, delicada y perfecta criatura, á vista de tal enormidad de crímenes y hacinamiento de escándalos? Lloremos también nosotros en presencia de tantos males como inundan el día de hoy la redondez de la tierra: mezclemos nuestros genidos con el de las víctimas de la injusticia y la perfidia; juntemos nuestros ayes con el de los oprimidos por la tiranía, la calumnia y la violencia de pasiones brutales.... Lloren también las almas puras por el torrente de iniquidades que contamina la tierra, por la perdición de tantas almas arrastradas á los abismos del vicio, por la obstinación de tantos soberbios y descarados pecadores, que de nuevo crucifican al dulce Redentor, por.... Mas ¿quién podría enumerar siquiera los motivos de nuestros dolores sobrenaturales? ¡He ahí, pues, á María hecha viva imagen, y como la personificación del dolor sobrenatural y divino! ¡Héla ahí como divinizada por la virtud del dolor!

## II.

8. Ella es también su lenitivo, porque María enjuga nuestras lágrimas y esfuerza nuestra debilidad para so-

<sup>1</sup> Matth. 21, 39.

portar la pesadumbre de los males, mostrándonos en su admirable heroísmo el modelo que debemos esforzarnos á imitar. ¡Oh! si nuestro dolor se asemejase en algo al de María al pie de la cruz, ¡qué precio no alcanzarían nuestras lágrimas en orden á la salvación! ¡Cristianos! ¿Puede haber desventura mayor que llorar, no sólo sin consuelo, sino también sin mérito? Por el contrario; ¿no es una dicha, bien mirado todo, poder atesorar con los mismos sufrimientos, trocando el riego de lágrimas en lluvia de oro y perlas? Ved, si no, cómo padeció la Soberana Virgen, y aprended lo que puede llamarse la ciencia del dolor.

9. ¿En qué pensáis que está cifrado el secreto de esta ciencia? Pues paréceme á mí que en sufrir con la serenidad que da la previsión, con la fortaleza que infunde el amor, con la satisfacción que produce la conciencia de la dignidad. ¿No fué así como sufrió María? Atended: *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus*<sup>1</sup>. María, que se vió casi anegada en el piélago borrascoso de sus penas, no fué sin embargo sorprendida por la tempestad, porque previó á tiempo la tormenta que se le venía encima. Aun antes de recibir aquel pavoroso vaticinio del anciano Simeón quien, lleno de ternura, contemplándola con el niño Dios en el regazo, le decía: ¡Pobre madre! ¡Tú no sabes que el cuchillo que destrozará á este niño ha de atravesarte el corazón!<sup>2</sup> Ya ella misma se había ofrecido, víctima voluntaria, al sangriento martirio, cuando, en la plenitud de su conformidad con los divinos decretos, exclamó: *Fiat mihi secundum verbum tuum*<sup>3</sup>: ¡Hágase en mí cuanto me

<sup>1</sup> Thren. 1, 12.

<sup>2</sup> Luc. 2, 35.

<sup>3</sup> Luc. 1, 38.

*anuncias! ¡Soy la esclava del Señor! Ese fiat libremente pronunciado por María en la hora de la Anunciación, fué la libre aceptación de los dolores inherentes á la maternidad divina. Fué tanto como si dijera: «Seré la madre que tú dices, seré la madre del Mesías, del Cordero de Dios que viene á sacrificarse por los pecados del mundo.... Consiento en ello para cumplir la voluntad de Aquel cuya esclava humilde soy.»* María, pues, no aceptó grandezas, dobló el cuello al sacrificio. ¿Por ventura ignoraba ella sola lo que tan claro habían visto y vaticinado Isaías, David, y tantos otros profetas sobre el carácter del Mesías, su pasión y su muerte? Pues bien, hermanos míos: nosotros también deberíamos prever las borrascas de la vida y andar siempre apercebidos para la hora del sufrimiento. Pero ¿cuándo no es hora de sufrir? ¿Es otra cosa nuestra vida que una penosa peregrinación por un valle de lágrimas, erizado de espinas? ¿Por qué, pues, nos sorprende la visita de la adversidad? ¿No es el dolor nuestro único patrimonio? Ni la enfermedad, ni la pobreza, ni las contrariedades de la naturaleza rebelde, ni la persecución de los hombres deben sorprender al que viene desterrado del paraíso y condenado á comer el pan de cada día empapado en el sudor de su rostro, y á ser víctima irredimible de la muerte. ¿No son los males físicos que dentro y fuera nos aquejan, el fúnebre cortejo de la implacable segadora de vidas humanas? Atendamos, pues, á la sabia reflexión del gran Doctor de la Iglesia San Gregorio: «Hieren menos los dardos que se ven venir; y hácenos más llevaderos los males de este mundo, si para resistirlos, nos armamos del escudo de la paciencia.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> In Evang. hom. 35.

10. Á tan generoso ofrecimiento á padecer correspondió en María aquella fortaleza invicta, efecto de su ardiente caridad, que le ha merecido la corona de Reina de los mártires. No es mártir cualquiera que padece, por más atroces que sean sus suplicios, sino sólo aquel que arrostra la muerte por atestiguar su amor á la verdad y á la virtud, y por su causa permanece firme, cual roca inquebrantable, en medio del tormento. El amor robustece el corazón, y aun da vigor y fuerzas al más débil y delicado organismo, según mil veces lo ha comprobado la historia sagrada y profana. María padece por natural y sobrenatural compasión, nacida del amor en su grado más heroico, amor que la hace una con el Hijo de su corazón. El corazón de la madre refleja exactísimamente los movimientos del corazón del hijo, sean cuales fueren, de gozo ó de pesar: mal podía ella gozar cuando él gemía entre agonías de muerte. El mayor suplicio para María hubiera sido no padecer con Jesús y como Jesús. Ella decía como la enamorada Esposa de los Cánticos: *Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi*<sup>1</sup>: *Manojito de mirra es mi Amado para mí*: su amargura es para mí más dulce que la miel, porque es la mirra de mi Amado. Así lo experimenta quien de veras ama: padecer con la persona amada es dulcísimo gozar, porque la comunidad de afectos y pasiones es el resultado del perfecto amor. He aquí, amados fieles, el secreto del valor jubiloso de los mártires, de la alegría de los anacoretas: por eso les sabe tan dulcemente la penitencia á los santos, y las más horripilantes austeridades son el encanto de las tiernas esposas del Cordero.... ¿Cuál no sería la dulzura que gustaba

<sup>1</sup> Cant. 1, 12.

María saboreando el cáliz de las amarguras del Calvario? ¡Oh! ¡quién supiera amar para saber sufrir! ¡Oh amor de Jesús, más fuerte que la misma muerte<sup>1</sup>, que haces llevar sin sentirlo el peso más enorme, que no conoces la fatiga ni la estrechez de las almas pequeñas, ni tienes en nada los trabajos, ni crees en lo imposible, porque sientes fuerzas para arrostrarlo todo! ¡Oh amor prodigioso, bajado del cielo, nacido de Dios y maravilloso esforzador de la flaqueza humana! Abrásame en tu suave llama para que sepa burlarme del agujijón del dolor<sup>2</sup>. Mas ¿qué podrá, cristianos, un alma repleta de egoísmo, dominada por la sensualidad y el orgullo, cuando el dolor toque á sus puertas y se le entre por la casa, sin que haya traza de atajarlo? ¡Ah! ¿no se ve todos los días el triste y vergonzoso espectáculo de la debilidad de carácter, más bien que de cuerpo, del profundo abatimiento del espíritu, en los trances amargos á que está sujeta á diario la pobre condición humana? Almas fuertes no las forma sino la alta escuela de la caridad divina.

11. María, finalmente, debe sus dolores á la misma gracia de su singular predestinación. De aquí es que su dolor se eleva á un rango de nobleza y dignidad tan alto como el título por él merecido, cual es el de Corredentora del género humano. ¡Grandes fueron, incomparables los dolores de la Santísima Virgen; pero ¿lo es menos la dignidad á que por ellos fué elevada, entrando con el Redentor divino á la parte en la humana redención? ¿Quién pudo merecer subir tan alto? Efecto fué éste, no hay duda, de la gratuita preordenación divina acerca de María; pero gracia fué que

<sup>1</sup> Cant. 8, 6.

<sup>2</sup> Imit. lib. III, cap. 6.

debía costar á la agraciada un caudal inmenso de padecimientos. Así como Eva, cómplice de la primera culpa por el placer, fué partícipe de la maldición primera y causa segunda de todos nuestros males, así dispuso Dios fuese María participante de la grande expiación por el dolor, y dividiese con Jesucristo el mérito y la gloria de la humana restauración, siendo causa segunda de todos nuestros bienes. Y esto debía ser á costa de dolores infinitos, dando María lágrimas, que son sangre del alma, en lugar de la sangre de sus venas, aunque también era suya la que corría por las del Redentor. ¡Á qué altura no nos eleva esta verdad, tan gloriosa para la Madre de dolores, como provechosa para sus hijos! ¿Comprendéis ya, hermanos míos, cuánta dignidad está encerrada en el dolor cristiano? ¿Alcanzáis á vislumbrar hasta dónde se remonta el hombre por el sufrimiento? Es ésta la piedra de toque de la grandeza moral, la expresión del verdadero espíritu del Evangelio, el efecto de la real imitación de Jesús. En el dolor se acrisola el amor al deber, se pule y afina la paciencia, se aquilata la magnanimidad, se comprueba cuánto vale el hombre en realidad, no en apariencia. No se prueba la virtud entre las delicias y regalos de la prosperidad: la adversidad descubre lo que es y vale cada uno. Por eso María es tan hermosa y tan grande al pie de la cruz, que no podemos resistir al deseo de aclamarla bella, por más que nos diga ella misma: *Non vocetis me pulchram, sed amaram...*, pues tan grande como el mar de su amargura, es la hermosura de su corazón.

12. ¡Oh! ¡si pudiéramos en algún modo imitarla! Y ¿por qué no, si, haciéndonos superiores á nuestra debilidad, á ejemplo de los santos que la acompañaron

en la cumbre del Calvario, nos abrazamos de una vez para siempre con la cruz del Redentor, si la ponemos sobre nuestros hombros y, mejor aún, si la llevamos en el corazón? Para alcanzar esta gracia, no perdamos de vista á la piadosa Madre, anegada pero jamás hundida en la borrasca: digámosle con todas las veras del alma: «Contigo quiero estar en pie junto á la cruz, quiero asociarme á tí en el llanto.... Haz que, al partir de este valle de dolores, sea mi alma admitida á la gloria del paraíso.»<sup>1</sup> Así sea.

### SERMÓN DE LA SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA

(predicado en la iglesia de la Veracruz, Bogotá, 1896)

#### Misterioso dolor de la Soledad de María, reflejado en la vida cristiana.

Quomodo sedet sola civitas...?

Thren. I, 1.

1. ¡Imponente espectáculo el de la tumba, donde el silencio, cual genio misterioso, reposa, plegadas sus alas, en actitud de guardar los sagrados despojos de la humanidad vencida! ¡Lastimero espectáculo, el del hogar vacío, saqueado por la muerte, donde una madre viuda ó huérfana contempla, en el asombro de su dolor, la magnitud de su pérdida y la inmensidad de su infortunio! Á la vista tenéis, amados fieles, una tumba y una madre huérfana; pero ¡qué madre, y qué tumba! La madre es la inmaculada, la incomparable María, la

<sup>1</sup> Sequentia Missæ septem dolorum B. M. V.

más grande en el dolor, como la más eminente en gracia y dignidad: la tumba es la que guarda los despojos del Dios-Hombre, sacrificado en afrentoso patíbulo para la redención del mundo criminal. Ante este féretro ¿quién no se postra reverente? Delante de la Virgen solitaria ¿quién no inclina la cabeza agobiada de dolor? ¡Oh! ¡qué tiernos y sagrados afectos despierta en el corazón que sabe recogerse dentro de sí mismo, en verdadero espíritu de cristiana piedad, la vista de este religioso aparato, complementario del que la Iglesia ha desplegado á la vista de sus hijos durante los días de la Semana Mayor! ¡Pluguiese á Dios que todos cuantos aquí nos agolpamos para dar culto á la Virgen Santísima en el misterio de su *Soledad*, nos hallásemos vivamente penetrados de aquellos sentimientos que reclama tan devota, grave y piadosa ceremonia! ¡Oh! si así fuera, nada tendría esta función de vano y casi profano espectáculo, siendo lo que debe ser, una hermosa reunión de fieles, que con el corazón traspasado de dolor y la consternación pintada en el semblante, vienen á pagar á María este último tributo de amor, dándole el más sentido y doloroso pésame por la muerte del Hijo queridísimo; sería una verdadera explosión de religiosidad, bendecida por Dios con toques de contrición y gracias de conversión sincera. Pidamos fervorosamente á Dios, por intercesión de la misma Señora, que, recogidos en profunda contemplación nuestros espíritus, podamos entender algo del hondo misterio del dolor de María en medio de su Soledad, no sólo para admirar la alteza y dignidad de ese dolor, sino también para conocer la naturaleza de la vida cristiana y conducir, según ella, nuestros pasos por la senda de la santificación. *Ave María.*